

con el mecanismo. Cuando mucho se prodigan la instrucción y la educación, se carcomen los manantiales profundos del alma popular, esos receptáculos de poesía ignorante que son el alimento místico de las futuras obras maestras de las letras y las artes.

Si hasta hoy á la civilización americana le ha faltado genialidad estética, es debido, según parece, á esa causa y por una de esas ironías en que se complace la naturaleza, precisamente ese colosal esfuerzo para cultivarse y esa fiebre de educación constituyen una gran parte de esta causa. Pero á reserva de que el porvenir pueda dar un mentís á esta hipótesis, los americanos tienen derecho de decir que, cuando menos, han realizado con audacia de beneficencia incomparable el menos discutible de los programas de la democracia, la multiplicación indefinida de las probabilidades de bienestar y de instrucción.

Uno de los profesores de Cambridge me expresaba esta misma idea de una manera conmovedora, en la siesta de un día en que estábamos en su biblioteca mirando los grabados del *Job* de William Blake, el original pintor poeta precursor de Rossetti y de Morris. En el exterior caía la nieve sobre las ramas negras de los abetos y sobee los ramajes pelones de los otros árboles. A nuestro derredor veinte grabados esparcidos y veinte cuadros nos recordaban la querida, la luminosa Italia en este rincón brumoso y taciturno del Norte. Acababa mi huésped de expresar ante esos objetos, muchos testigos de pasados viajes, su nostalgia de la tierra de la belleza, donde si hay menos máquinas, menos fábricas, menos periódicos y menos escuelas hay en cambio por todas partes toques de arte y por todas partes también la huella de esa poesía innata que existe en un muelle

de la luminosa Florencia, en una mañana de sol en una plaza de la brumosa Piza y en una esquina de la roja Siena.

—“Y sin embargo” dijo; “no quisiera yo ser ingrato para mi país. En él encuentro muchas cosas que me chocan”—y empleaba la más delicada é in traducible frase de *offensive*—“en cambio tengo conciencia en mi bienestar de que muchas otras de las personas que me rodean disfrutan también del mismo bienestar y que son muchas,—y pienso que sobre este inmenso continente son muy pocos los destinos fallidos en lo absoluto si no es por culpa propia. Esto es un beneficio incontestable de nuestra democracia y por sólo él vale la pena de aceptar todas sus condiciones....”

---

## IX

### PLACERES AMERICANOS.

---

Habiendo exagerado hasta el abuso, casi hasta el vicio su tensión nerviosa y voluntaria, es imposible que el americano se divierta como nos divertimos los latinos, que no comprendemos el placer sin cierto abandono de los sentidos mezclado á la vez con mollicie y con voluptuosidad. El animal humano se conserva siempre semejante á sí mismo en sus manifestaciones, aun cuando sean las más opuestas en la apariencia, y nosotros sólo prolongamos en nuestras diversiones lo que constituye el fondo común de nuestra vida. Cítase con frecuencia la anécdota de que Napoleón en Santa Elena no podía sentarse á

una mesa de Whist sin ensayar inmediatamente el *Chelem*. Con las cartas en la mano se volvía á sentir el imperioso y audaz jugador que arriesga todo y que dijo un día:

—“En mí existía el príncipe, en mi terrible espíritu que por su ascendente puso á mis piés á toda Europa. Es cierto que los azares del destino me llevaron hasta el trono. Pero, en el mismo fondo de un claustro, hubiera sido siempre el emperador. . . . .”

Y aun lo era en ese inconsciente ardor de dominio que quería hacer todas las basas sobre el pobre tapete verde de su casa de destierro. Ese es el símbolo del placer en todos los pueblos y en todas las razas.

Esa profunda unidad del carácter nacional no se reconoce á la primera mirada; pero con un poco de análisis se la descubre pronto. En Francia, por ejemplo, el rasgo dominante de este carácter parece ser el exceso de sociabilidad, el que ha comenzado por crear entre nosotros el abuso de la vida de salón, por consiguiente el abuso de la vida de conversación y por consecuencia el gusto por las ideas agudas, ingeniosas y por último, abstractas. Después se ha seguido una completa modificación del espíritu político, y á través de la triste bancarrota de 1789, el advenimiento de un sistema fundado en la pura lógica, en el que el Estado devora todas las fuerzas vivas del país, absorbe todas las individualidades y agota todas las iniciativas. Ese mismo exceso de sociabilidad da por resultado en el orden ínfimo de las distracciones burguesas, la costumbre de morar en el café, cuando se llega de un país anglo-sajón, y cuya privación era para Vallés la forma más insoponible del destierro en Londres. El mismo gusto de sociabilidad nos hace preferir las piezas de teatro li-

geras y delicadas, fáciles de comprender y que comentan de modo fluido y espiritual las costumbres del día, las pequeñas ridiculeces mundanas que ya se han comentado en las charlas de los salones y de los círculos. Se encuentra esta sociabilidad también en nuestros periódicos de los baluartes, plagados de literatura “charlada,” si así puede decirse, en nuestras fiestas populares con sus bailes al aire libre y su familiaridad parlara, y en el polo opuesto, también en nuestra concepción de la galantería. La mujer fácil para nosotros, no es solamente la criatura á quien se paga y sobre la que se sacia la lujuria del hombre, pues por poca gracia, verba y talento que posea, bien pronto se convierte en camarada en cuya compañía este hombre se retarda y se complace, que cuando es libre la instala en su casa y que acabará por ser su esposa.

Todos estos fenómenos puestos en conjunto revelan el estrecho y secreto lazo que liga á uno y otro. Un observador que conociese á fondo los Estados Unidos no tendría trabajo de establecer una correlación semejante entre las ideas, los trabajos y los placeres americanos. Parecen encerrar esos placeres, así como esas ideas y esos trabajos, algo desenfrenado y desmesurado, una excitación muy vigorosa, pero que confina siempre en la violencia y sobre todo asperidad é inquietud. Aun en las diversiones el americano sigue siendo activo, muy activo, voluntario, muy voluntario; al revés del latino que goza con el abandono, él goza con el sobresalto cualquiera que sea la clase de sus placeres, pues así como tiene algunos muy brutales, los tiene también muy refinados. Algunos croquis tomados del natural harán comprender mejor que todas las teorías esa especie de nervosidad, esa especie de espasmo acre en la distracción,

si con todo y todo puede ser empleada esta palabra que es sinónima de las dos cosas menos americanas que hay en el mundo: el abandono y el reposo.

Los placeres más violentos y más profundamente nacionales son, entre todos, los del *Sport*. . . . Es preciso traducir esta fórmula en su sentido real, pues no se encontrará en su significación nada de lo que nosotros los franceses hemos dado, nosotros que hemos suavizado este término al adoptarlo. Con él hacemos entender, sobre todo, la elegancia y la destreza. El americano, no comprende el *Sport* sin algo de peligro, porque no lo entiende sin la concepción de la lucha y de la audacia. Así el *yachting*, que para nosotros consiste en paseos recreativos á lo largo de las costas, para él representa viajes al rededor del mundo, la tempestad sufrida frente á frente y las vastas soledades del Atlántico, ó bien luchas de velocidad donde todo se tiene en cuenta, menos la vida humana. Cuando visité en *Newport*, uno de los buques particulares que estaba anclado en el puerto, noté un arsenal completo de fusiles y de picas colgados en una de las paredes del entrepuente.—“Son para el caso en que tengamos que ir á los mares de China donde podríamos encontrar piratas. . . .” me dijo el propietario de ese hermosísimo juguete para viaje.

Otro que delante de mí discutía las probabilidades de velocidad entre el *Vigilant* y la *Walkyrie*, los dos *yachts* veleros cuyos nombres fueron objeto de las conversaciones del otoño pasado durante muchas semanas, decía con flema:

“Hemos tenido que hacer el filarete muy bajo y

tendremos grandes probabilidades si no perdemos muchos hombres. . . .”

Y en la última frase no había más emoción que fanfarronada en la primera; era simplemente la expresión natural de sensibilidad tan mezclada de energía, que por instinto se complace en unir la idea del juego á la idea del peligro y en la que algo de riesgo trágico es como el condimento indispensable para sus fiestas más inocentes.

Entre las diversiones del *Sport* ninguna está más de moda hace algunos años que el *foot ball*. El otoño pasado asistí en la pacífica y tranquila ciudad de Cambridge á una partida que los campeones del colegio *Harvard* el *team* como aquí se dice—sostenían contra los campeones de la Universidad de Pensilvania. Tuve necesidad de retrogradar en mi pensamiento hasta mi viaje á España para recordar una fiebre popular igual á la que palpitaba á lo largo de la carrera entre Boston y la arena donde debía tener lugar el combate.

Los carruajes de las *tramways* eléctricas se sucedían con un minuto de intervalo, llenos de viajeros que sentados, en pie, en las plataformas y colgados de los escalones se apretaban, se machucaban, se aplastaban. Como en Roma en los combates de Gladiadores, la cita era para una especie de cercado al aire libre á pesar de que los días de Noviembre son cruelmente frios bajo el cielo de Massachusetts. A dos pasos del *memorial hall* y de los otros edificios rojos de la universidad se levantaron graderías de madera; sobre estas graderías había tal vez quince mil espectadores y en el inmenso cuadrilátero central dos bandas de once jóvenes cada una esperaban la señal para comenzar.

Cuánto alboroto en esta multitud compuesta, no

de gente de la clase baja si no de personas acomodadas y cuya excitación iba creciendo á medida que pasaba el tiempo. Todo el mundo tenía en la mano banderitas rojas y llevaba penachos de flores rojas también. El escarlata es el color de las estaciones de Harvard. Aunque corría un rumor febril sobre esta multitud esto no bastaba á los apasionados por el juego. Una especie de empresarios de entusiasmo, estudiantes de rostro lampiño, plumizo y ya marchito, se paseaban entre las bancas donde encendían aun más el ardor del público, dando al aire el grito de guerra de la universidad, el *Rah! Rah! Rah!* . . . repetido tres veces y terminado por la aclamación frenética de *Harvard!* Los partidarios de los *Pensys* respondían con un grito análogo y hacia abajo, por encima de la palizada del recinto, se podía ver en los árboles sin hojas los racimos de espectadores pobres que, no teniendo con que pagar su entrada se habían izada en las ramas, y se distinguían sus caras desprendiéndose sobre el cielo de otoño con la finura de las cabezas claras de las pinturas de los abanicos japoneses.

Se da la señal y comienza el juego. Terrible juego que bastaría por sí solo para medir las diferencias del mundo Anglo-sajón y del mundo latino.—juego de perros jóvenes adiestrados á morder y á abalanzarse en la ralea, juego de una raza hecha para los ataques salvajes, para la defensa violenta, para la conquista implacable y para la lucha desesperada. Con sus chupas de cuero con mangas de paño rojo para los campeones de *Harvard*, azul y blanco para los de *Pensilvania*.—chupas y mangas desgarradas desde luego—con sus defensas en la parte anterior de las tibias, con gruesos zapatos y con sus caras pálidas y rosadas bañadas por sus flotantes cabellos, son,

á la vez que admirables, horrorosos en cuanto el demonio de la lucha se apodera de ellos.

En cada extremidad de la pista se levantan dos postes que representan, el de la derecha uno de los campos, y el de la izquierda el otro. Toda la cuestión consiste en hacer pasar entre los dos ya de uno ó de otro extremo, una enorme pelota de cuero que los campeones de ambos partidos deben lanzar sucesivamente. En el anhelo de este lanzamiento es donde se concentra la excitación de esa diversión casi feroz. Allí está el que tiene la pelota, inclinado hacia adelante, rodeado por sus compañeros y por sus adversarios, inclinados también en aptitud de animales de acecho, prontos á saltar. De repente corre para aventar la pelota ó con un movimiento de loca rapidez la pasa á manos de otro que se lanza con ella y á quien se trata de detener. La brutalidad de los ademanes con que se agarra al portador de la pelota, es imposible que se imagine sin haberlo visto.

Le agarran por la mitad del cuerpo, por la cabeza, por las piernas, por los piés. Su agresor rueda con él y como luchan y como la tropa de cada partida viene á socorrerle ó atacarle, veintidos cuerpos se abalanzan unos contra otros y se forma un nudo inextricable de serpientes de cabezas humanas. Y todo esto se retuerce en el suelo y se desgarran. Se ven caras, cabelleras, espaldas y piernas, retorcerse en una monstruosa y movediza batalla. Después este nudo mortífero se desata y la pelota salta lanzada por el más ágil, y perseguida nuevamente con el mismo furor.

Con frecuencia, y después de uno de esos frenéticos enredos y cuando se deshace el nudo de los jugadores, uno de los combatientes queda en la arena, inmóvil, incapaz de levantarse, tanto así le han gol-

peado, apretado, machucado y aplastado. Uno de los médicos de servicio, se acerca y le palpa; se ven las manos de ese sabio sacudiendo un pié, una pierna, frotar costillas, lavar una cara y esponjear la sangre que corre de la frente, de los ojos, de la nariz y de la boca. Un complaciente camarada le ayuda en esta tarea y pone sobre sus rodillas la cabeza del combatiente desvanecido. A veces es preciso llevarse al desgraciado; con frecuencia recobra el conocimiento, se estira un poco y acaba por levantarse; da algunos pasos apoyado sobre un brazo amigo y aun no está todavía capaz de andar así, cuando vuelve á comenzar la partida, á la que se entrega de nuevo con rabia decuplicada por el dolor y por la humillación.

Si la rudeza de este espantoso *Sport* no fuese para los espectadores sino motivo de un sobresalto nervioso de algunas horas, los jóvenes atletas no se entregarían á él con el entusiasmo que les hace aceptar los más dolorosos y á veces los más peligrosos arrastramientos. Me decía una madre hablando de su hijo que no tiene aún catorce años:

—“Adora el *foot ball*. Ya es capitán de los once; no me atormentaría si siempre tuviese que haberse las con bandas de jovencitos como él, pero tiene la manía de batirse con hombres ya hechos...”

En semejantes riesgos es en donde son de temer accidentes siempre mortales.

—“¿Qué quiere usted?” me respondía uno de los profesores de *Harvard*, “en la locura del juego es cierto que se dan muchos malos golpes. También es cierto que los héroes de partidas como las de hoy son las víctimas. El entusiasmo es muy intenso. El sistema nervioso no puede resistirse. Pero las hazañas de los campeones sostienen el juego en modo. Esto

hace que en todos los sitios más apartados de América, todos los jovencitos se entreguen á este ejercicio y esto da temple á la raza...”

Enunciaba bajo una forma abstracta lo que es el instinto de la multitud americana,—instinto que no razona y que se manifiesta por señales extrañísimas. Durante el combate que he ensayado describir, una mujer distinguida y fina, cerca de la cual me encontraba sentado, exclamaba: “*beauty!*” á cada uno de los golpes que hacían rodar en tierra á cinco ó seis jóvenes. Desde el momento en que se comienza á preparar una partida como esa, los retratos de los diversos luchadores se encuentran en todos los periódicos. Las peripecias de la lucha se cuentan por menudo con cuadros gráficos para que se pueda seguir con más facilidad las idas y venidas de la pelota. Los vencedores y los vencidos son interrogados igualmente. De un célebre periódico recorté el otro día un artículo titulado: *A foot Ball Scientist*, donde el autor procuraba demostrar que la mejor táctica que se puede seguir en este juego es la misma que la de Napoleón. Qué mejor elogio puede hacerse cuando se conoce el lugar distinguido que ocupa el Emperador en la imaginación de los Yankees?

Pero, no se crea que semejantes fanatismos, por un *sport* tan brutal, no susciten vivas protestas. El mismo espíritu de iniciativa que impulsa á muchedumbres enteras de americanos á exaltarse ante estos semi-gladiadores y á idolatrar esa ostentación violenta de energía física impulsa á otros americanos á hacerle guerra á esa violencia inexaminada y sin posible exámen. Se forman ligas en favor y en contra y es muy posible que muchos accidentes conduzcan á algunos Estados á votar restricciones legislativas para este terrible juego. Cuando se ha segui-

do de cerca una partida verdaderamente ardiente,— *whit plenty of life and ginger*—como decía un repórter, se puede notar que llegados á cierto grado de excitación los combatientes ya no son dueños de sí mismos. Vuelvo á ver, al escribir estas líneas, la silueta de uno de los campeones de Pensilvania, después de un tiro disputado y el ademán rabioso con que arrojó la pelota que le fué preciso soltar. Entre esta cólera y un mal golpe, había muy poca distancia, muy poca amplitud psicológica para emplear una pedantesca y muy exacta fórmula científica. Pero ¡oh! estas restricciones no podrán curar al público americano de su *foot ball*, como no lo han curado de su pasión por el boxeo. Cuando en el invierno pasado, Corbett y Mitchell debían encontrarse en *Jacksonville*, fué preciso encender trenes especiales para transportar á los partidarios de ambos boxeadores á la feliz ciudad de la Florida, no hubo un solo periódico donde no se mencionasen mañana por mañana y hora por hora, las condiciones de la marcha de los dos rivales. Los nombres de los parientes y amigos que les asisten, el moviliario de los cuartos del hotel donde se alojaban, la lista de los platos de sus comidas, sus lecturas y sus pensamientos,— qué más detalles podían encontrarse en esas columnas!—Cuando pasé por *Jacksonville*, algunas semanas después, este *fight* era todavía objeto de todas las conversaciones en los trenes que atravesaban esta coqueta ciudad y no dejaba de hablarse de ello sino para discutir la próxima lucha que se proyectaba entre el campeón californiano y el australiano Jackson.—Ni aun la elección del futuro presidente conmovió con más fuerza la opinión.

Para formarse idea de lo que deben ser tales encuentros, estos *prizefights*, como se les llama, donde

el combate no cesa sino por la impotencia para sostenerlo de alguno de los boxeadores, es fuerza haber seguido en algún *athletic club* un combate regulado, es decir, uno donde los ataques son contados y los pases limitados. Los más interesantes de los que yo he seguido anotando sus peripecias, tuvo lugar en Washington. También fué el primero á que asistí. En el tercer piso del club, en la sala del gimnasio se había levantado una plataforma á la altura de un hombre. Estaba cerrada por cuerdas. En derredor de ella esperaba un millar de espectadores, unos sentados en sillas, otros en pié en la galera. A lo largo de las paredes muchos aparatos de gimnasia, levantados ó colgando formaban un cuadro verdaderamente digno de esta escena. La electricidad,— eran las nueve de la noche—iluminaba, esculpiendo todas las facciones, las caras impacientes de los aficionados y sobre la entrada cuadrada la silueta de un hombre que se paseaba nerviosamente y que era el *referee*, el árbitro del combate. Vestía uno de esos largos sacos que se usan aquí y que pasan sobre la moda, y cuyo corte tan amplio y tan redondo se asemeja al carapacho de algún enorme coleóptero.

Por último se levantó un murmullo de satisfacción. . . . Los dos primeros boxeadores llegaron con sus asistentes. Van cubiertos por largos peinadores que se quitan desde el momento en que suben á la estrada. Aparecen sus espaldas enteramente desnudas, magras y probadas por los paquetes musculares. Se sientan sobre una silla y se abandonan con singular paciencia á los cuidados de sus asistentes, que les lavan, que les pinan y que les frotan como á animales, en tanto que el personaje vestido de amplio chaquetón anuncia el programa del comba-

te, su duración, el número de pases ó *rounds*, el peso de los dos campeones, sus nombres y su patria. Uno es de Filadelfia, el otro de Wilmington. El primero tiene un mascarón negro, casi de mulato, en cuyo medio se aplasta una nariz á la vez que quebrada, ganchuda. El otro es blondo, de cara cuadrada, con la nariz fracturada también, pero en dos partes, lo que dibuja sobre su cara algo como el trébol de la calavera. Ha estirado sus brazos y los apoya en dos cuerdas cruzadas por detrás de él en ángulo agudo. Sus biseps marmóreos se destacan con el masaje, que ni aun parecen menarlo.

El tocador de los boxeadores ha terminado. A los dos se les ponen guantes. Suena un gongo. Se levantan, se adelantan uno hacia otro y el pase comienza. Una especie de estertor de placer se escapa entonces del auditorio, estertor no interrumpido, que pasará desde el suspiro hasta el aullido, según se precipiten ó se detengan los episodios del combate. El de Filadelfia ataca más, pero está muy agitado, sus piernas no están muy á plomo. Baila, salta, mientras que su brazo se mueve de manera enérgica y mecánica, como una pinza que vacilara, se tendiera, reculara y se tendiera aún indefinidamente. Su adversario tiene mejor guardia. Avanza, recula, sin que su dorso se mueva, y su rostro cruel, donde ahuecan sus ojos agujeros azules, es realmente el de la muerte. Los golpes se enardecen con el juego. Los cuerpos se doblan para evitarlos. Los dos hombres se enfurecen. Se oye su resoplido y el ruido mate de las puños que saltan sobre la carne desnuda. Después de algunos golpes asestados con más fuerza, el *claret* corre, como ellos dicen, la sangre salta de los ojos, de la nariz y de los labios, embadurna los carrillos y las bocas y mancha los puños con su rojo

y cálido licor, mientras que el público manifiesta su júbilo por aullidos interrumpidos sólo por el ruido del gongo.

Es el tiempo de descanso entre dos pases. Los boxeadores, sentados de nuevo, se abandonan, como á su entrada, á los cuidados de sus asistentes, que los frotan como los corredores cuidan á sus caballos; jugadores exaltados saltan á la estrada, se quitan los vestidos, y una vez que están en mangas de camisa, abanicen con frenesí á los infortunados pugilistas, medio desvanecidos por la sangre perdida, por los golpes recibidos y dados y por el intenso esfuerzo nervioso del combate. Suena otro tamborazo y vuelven á comenzar los pases.

En esa noche hubo cuatro combates parecidos: uno de seis pases, otro de ocho, el tercero de cinco y el último de once, y en las dos horas y media que duró esta indefinible sesión, ninguno de los espectadores dejó su sitio. Ni tampoco un solo segundo pareció suspenderse el interés apasionado que hacía inclinar todas aquellas caras hacia la estrada. Una débil protesta se levantó cuando en ocasión en que el *referee* llamaba á los campeones del tercer combate, llegaron dos niños de diez y seis años, uno enteramente encogido en su pequeña talla y el otro tan débil con la flacura de su pobre cuerpo, tan poco formado y tan frágil, que una voz gritó.

—“They are girls, no boys. . . .” “pero si esas son niñas, no muchachos. . . .”

Este movimiento piadoso no impidió que frenéticos aplausos acogieran la caída del flaco y débil niño, que cayó á lo largo, y la sangre que goteaba de la cara de ese muchachillo nacido ayer. Cuando se lo llevaban, ya había comenzado otro duelo entre dos viejos boxeadores que parecían la encarnación

de dos distintas fisiologías, uno chaparro y cachigordo, casi grasó, con el pelo rojo y con la sangre que parecía brotar de su piel blanquísima; el otro desecado, muy alto, todo bilis y nervios. La cara siniestra de este último resaltando en verde sobre el azul de la barba rasurada, con ojos taciturnos de doméstico malo, sonreía con sonrisa feroz. Le veía yo desplomar al otro, desplomarnos á todos, mientras que la precisión ágil y violenta de los movimientos, daba idea de una invencible energía. . . . Después de once *rounds*, este atleta color de olivo estaba tan seco como en el momento en que había puesto los piés sobre la estrada, mientras que el sudor de su adversario escurría mezclado con su sangre. Fué una serie de admirables ataques y de respuestas no menos admirables, y cuando los dos campeones terminaron el undécimo pase sin que ni uno ni otro cayese en tierra, hubo en la Asamblea un movimiento de irresistible simpatía para el más débil, para el rechoncho que se había defendido con tanta bravura. Se declaró vencedor al gigante en medio de violentas protestas, y en los apretones de mano que le dieron al vencido, había admiración y amistad. Si este vencido tan animoso hubiera pedido cualquier cosa á esos hombres, le hubieran obedecido inmediatamente, tanto así le respetaban por haber sabido sostenerse tan valerosamente en condiciones tan inferiores.

Parecerá extraña, seguramente, la palabra respeto aplicada á boxeadores de profesión. Pero es la única que define el prestigio de que están rodeados, en Estados Unidos, los héroes del pugilato. Una de mis amigas de las de aquí, á quien hablaba de ese entusiasmo, me contó que debía la vida á uno de los más famosos boxeadores del Oeste y en medio de condi-

ciones tan singulares que bien valen la pena de ser referidas detalladamente:

Había ido á comer y á pasar la velada á uno de los arrabales de la gran ciudad, donde entonces vivía y regresaba en su carruaje cuando tuvo que atravesar una calle atestada de pueblo amenazador. Caía en medio de la manifestación de una prolongada y dolorosa huelga. Sus caballos se vieron obligados á detenerse. Sacó la cabeza por la portezuela de su coche y un espantoso clamor acogió su aparición. Las luces eléctricas que alumbraban la calle habían herido, despidiendo reflejos, á los diamantes que brillaban en su cabellera. Unido este último signo de lujo al aspecto del *coupé*, á las libreas del cochero y del lacayo, y á la soberbia de los caballos, despertó la indignación de la hambrienta turba. Todos los brazos se extendieron, y varias caras se acercaron vomitando injurias.—“Saqué un largo fistol de oro” me decía la joven “y estaba resuelta á herir en los ojos al primero que se me acercase mucho.”

En esos momentos y cuando se creía en mayor peligro por esa arma tan fragil, vió, lo que aumentó su terror, hendir la multitud del pueblo á un coloso que apartaba á las gentes con tal autoridad que le tomó por uno de los jefes:

—“No tenga usted miedo á estos desgraciados, dijo el hombre cuando que estuvo junto á ella “yo me encargo de ellos. Diga usted á su cochero que haga andar los caballos. . . .”

La joven se asomó de nuevo á la portezuela, pero en esta ocasión no se levantó un solo grito. Dió sus órdenes á los criados, que estaban llenos de terror sobre sus asientos. El *coupé* se movió, el desconocido lo escoltaba apoyando nada más que su mano sobre el borde de la portezuela y la multitud se apartó de

hecho para dejar el paso libre. Cuando pasaron del espacio ocupado por los huelguistas, el desconocido, saludó á la señora. El cochero tocó á los caballos partió al galope. El y el lacayo temblaban todavía cuando llegaron á la puerta de la casa.

—“Como usted comprenderá quise saber quién me había salvado” continuó la narradora. “Pero mis dos sirvientes eran irlandeses recién llegados de Europa y no conocían á nadie. . . . La descripción que hice á algunos de mis amigos, quienes tenían amplios informes sobre la huelga, no respondía á ninguna seña determinada para ellos. Había pues renunciado á la esperanza de saber el nombre de mi protector misterioso á quien veía siempre con su aspecto seco, altanero y marcial, con su mirada dominadora, y con esa especie de libertad, que es á la vez brutal y flexible, en sus ademanes. . . . Cuando siete ú ocho semanas después, estando mi madre y yo comprando armifios en una tienda de pieles, hubo gran alboroto en la puerta. Reconocí á mi salvador y supe al propio tiempo su nombre y la extravagante hazaña que había llevado á cabo. Era John-B. W\*\*\* el célebre boxeador, que alegre por el alcohol había apostado que mataría un caballo de un puñetazo. quiso la casualidad que tan absurda apuesta le condujese derecho á la puerta de la tienda y que diese el golpe á uno de mis caballos precisamente. Pude, cuando me persiguiese por ese golpe, aunque no corría riesgo de ser condenado á una pena muy fuerte. Era muy popular. . . .”

A lado de esos placeres del *sport*, es preciso colocar los del teatro. No están estos tan distantes de

aquellos como podría creerse á primera vista. La pasión por los espectáculos que tiene como consecuencia el respeto por los actores, es general entre los americanos. Ya se sabe la acogida que tuvieron Mme. Sarah Bernhardt y Mme. Eleonora Duse, M. Coquelin y M. Irving, citando únicamente estos cuatro nombres de famosos artistas y sin hablar de los cantores ni de las cantatrices. No solo era el modo de representar de estos grandes actores el que interesaba apasionadamente al público, eran también sus personas. Y sobre todo sus ideas y su arte. En todas las ciudades de Estados Unidos existe un grupo de aficionados cuyo estudio y gusto consisten en razonar sobre la interpretación más ó menos inteligente de tal ó cual pieza, de ésta ó de aquella obra de música. Digo el estudio, pues aun en esto aquí, se reconoce la tensión de la voluntad. Por ejemplo, en Bostón el programa de cada uno de los conciertos célebres va acompañado de un comentario técnico, tan lleno de citas, tan lúcido y á la vez tan erudito que ese librito forma un capítulo verdadero desprendido de un curso de historia musical. En Chicago, y cuando Coquelin representó *Tartufo*, de cuya representación ya he hablado, los periódicos del día siguiente traían sobre la comedia de Molière disertaciones tan llenas de reseñas, tan analíticas, tan llenas de colorido como hubieran podido ser las del folletín del *Temps* ó del *Journal des débats*. Y luego, á lado de estos caracteres que revelan un gusto tan difícil y un dilletantismo tan delicado se ve á este mismo público aceptar sorprendentes medianías.

Recuerdo que en una función dada en el teatro de la Opera de Nueva York se cantó la música de *Lohengrin* por uno de los actores en francés, por otro en inglés y respondiendo los coros en italiano. Pero,

acaso no podrá verse en todo esto, una lógica secreta entre estas manifestaciones en apariencia tan contradictorias? Si se concurre al teatro por gusto, si se tiene la voluptuosidad de la música y si se es un epicúreo por la armonía, semejantes choques ofenden y lastiman. Toda la sensibilidad desaparece con esta contrariedad, y no queda sino el deseo de tomar el sombrero y partir. Pero si una partitura que se representa contiene el estudio del genio de un maestro ó del talento de un artista, se la acepta con todo y estar mutilada. Se la acepta sobre todo si se está devorado por la necesidad de asimilación Europea, de que está casi enferma la América Intelectual y también la América Elegante! No pudiendo trasportar á toda la Opera y á toda la Comedia Francesa del otro lado del Océano, nuestros paisanos toman lo que pueden,—y es preciso confesar que con frecuencia es lo más exquisito,—y gozan con ello como los ingleses pueden gozar de los trozos del Parthenon con fragmentos rotos y sin unión posible; pero su doble pasión se satisface: primero la de cultivarse, y segundo la de tener en Nueva York á todos los primeros actores de Londres y París.

En espectáculo de otro género es donde es necesario buscar la originalidad del genio americano y los verdaderos placeres dramáticos de este pueblo. Las piezas en que sobresalen los autores de este país escribiendo, y los actores representándolas, es la Comedia casi sin fábula, sin intriga, compuesta en su totalidad de escenas tomadas de las costumbres locales revueltas con pantomimas. Si la expresión hoy pasada de moda, de "crítica de la vida" puede ser aplicada con justicia á algunas de las obras teatrales, es sin duda alguna á éstas; pues figuran en ellas todas las particularidades de los diferentes Estados,

ora las costumbres singulares del Sur, como en el *New South* que ya he analizado; ora las del Norte, como en una pieza que ví en Nueva York y que se llamaba *A Temperance Town*. Esta última tal vez la más típica de todas, tenía este subtítulo:

—"*Which is intended as a more or less hutflull presentation of certain incidents of the life, relating of to the sale and use of licuor in a small village in a prohibition State.*"—Que tiene por objeto presentar, con mayor ó menor verdad, ciertas escenas de costumbres relativas á la venta y al uso de los licores en un pueblo de uno de los Estados prohibitivos.

La mayor curiosidad de esta comedia consiste en que el personaje simpático es un borracho calificado como tal en la distribución de las papeletas: "*Jhon, known as Minkatorvu drunkard,*" "Juan, alias el Mink, uno de los ébrios del pueblo."

—"Será preferible para destruir el abuso de la bebida, instalar el triunfo de la hipocresía?" dice uno de los héroes en el último acto.

Hé allí toda la moral de esa obra singular, donde se ven al lado de escenas patéticas, hasta el melodrama, bufonadas de este género, es la noche de Navidad; la hija del pastor expulsada por su padre agoniza al pié de las paredes de la iglesia donde este está oficiando. A este tiempo el buen borracho coquetea sobre los escalones de esa misma iglesia, una loca sobre la cual se oculta por la nieve y sobre la cual banjan resbalando, uno despues de otro, todos los concurrentes al oficio á medida que de él salen.

En estas sorprendentes antítesis es en las que parece complacerse el público con locura. El principio nacional de la risa no es como entre nosotros un fin subentendido y malicioso. Es la gracejada fría, violenta, absolutamente inesperada. De repente y en



cia demasiado completa para que puedan dejar de exigir á la comedia la observación exacta y la expresión de costumbres verídicas. Por otra parte al atravesar su odisea de hombres de negocios, han conservado, y con frecuencia sin escrúpulo, cierta candidez, un no se qué de juvenil, de casi infantil, que aquí se encuentra por todas partes. Además son honestísimos, aún escrupulosos en asuntos de amor.

Así pues, esos estudios locales, con intercalaciones chuscas y de los que está eliminada toda picardía, corresponden perfectamente á todos esos caracteres tan diversos. Y se debe hacer notar que así lo comprenden los directores. Pero es mejor leer este elogio que copio de un programa:

—“Los actores de esta compañía se proponen representar únicamente piezas del país, escritas por autores del país, *native plays by native authors*, y ésta [aquí el título] es esencialmente americana en su escena, en su acción y en su objeto. Los caracteres son esencialmente americanos y en ella se respira una frescura americana que concuerda con la grandeza americana. En toda la pieza no hay un solo personaje malvado, ya hombre, ya mujer. Ni una sílaba existe que pueda ruborizar al más modesto de los carrillos. Esta pieza ataca los vicios de la sociedad disipada y las miserias que tienen su origen en la concentración de la vida civilizada en las grandes ciudades. *En ella no hay una sola paloma manchada que agite sus alas sucias, y no hay bandidos de frac que rondan en torno de ninguna presa para darle casa...*”

Y todo en ese anuncio era rigurosamente cierto,—incompleto bajo el punto de vista de que la pieza terminaba, sin que se hubiesen tomado el trabajo de ex-

plicar la razón de ello, con la exhibición de una familia de equilibristas.

... He hojeado gran número de periódicos de caricaturas,—aquellos que me señalaron mis amigos como los mejores. Los americanos son apasionados por esas publicaciones que se ostentan en todos los zaguanes de los hoteles, que se distribuyen en todos los ferrocarriles y que estorban todas las mesas de los clubs. Sin exagerar la importancia de esas publicaciones ilustradas, es fuerza reconocer que en todos los países tienen cierto valor documentario. Caracterizan el *humour* de la raza y su *placer por la burla*. Además, en ellos se encuentran mil detalles sobre las costumbres, estudiados sobre el vivo y cuya exageración las torna en más perceptibles para el viajero.

Al recorrer una colección de esas facéculas se impone desde luego una primera observación: la absoluta ausencia de croquis de desnudo que hacen las delicias perversas de las hojas análogas de París, y la ausencia, no menos notable, de alusiones á las malaventuras conyugales. Con esta constancia se podría creer que en Estados Unidos no existen ni el capricho galante, ni el adulterio. Existen de hecho, pero rodeados de tales sombras y de tan gran secreto, que escapan aún de la misma sátira. Mas, no se crea por esto que los caricaturistas tienen preocupaciones ni profesan respeto al matrimonio. Solo que cuando patentizan sus defectos es bajo el punto de vista de su presupuesto, como conviene hacerlo en el país de todopoderoso *dollar*. Allí la vida de familia es muy cara y los hombres tienen que penar mucho para sos-

tenerla. Y este es su principio gravoso. Por ejemplo, he aquí el final de una ceremonia nupcial. El salón está lleno de hombres y mujeres que cumplimentan á los recién casados y á los padres:

—“Felicito á vd. por el matrimonio de su hija” dice una de las visitas. “Ya dejará usted de tenerlos entre los brazos á uno después del otro. *I see you are gradually getting all the girls off your hands. . . .*” Y al padre responder:—“La desgracia es que tengo que sostener a todos los maridos de mis hijas bajo un gran pié. . . .”

—“Los hombres trabajan muy fuerte en América” dice un conde, joven extranjero á una señorita.

—“Sí” replica ella “tienen que sostener á sus yernos titulados.”

Cuando no es el padre quien se agobia con el trabajo, es el marido. He aquí que una noche de Navidad un tal Popplegh volvía de su bufete, envejecido antes de tiempo, flaco y encorvado, con las manos cargadas de regalos que por su cantidad revelan su numerosa familia. Un gentleman, embozado en una capa confortable, con el puro en la boca, le encuentra y mirándole con ironía dijo:

—“M. Singletón, según dice la leyenda, fué un pretendiente desgraciado de la mano de la actual Mme. Popplegh.”

Y aún haciendo abstracción de la cuestión de dinero, parece ser que no se cree que el matrimonio americano sea una operación feliz. Oigase, si no, este diálogo entre un marido y su mujer.

Ella.—“Pero qué es lo que tienen los hombres en el club, que tiene para ustedes tanto atractivo como no lo encuentran en sus casas?”

El.—“Querida mía, no tenemos en el Club lo que

tenemos en nuestra casa. Y por eso tiene tanto atractivo para nosotros.”

Esto es la bancarrota de la felicidad del hombre.

En cuanto á la mujer, ni aun ella misma se atiene á esta felicidad.

—“Sí” responde una recién casada mirando al cielo y soñando “soy feliz.” Al menos así lo creo. Pero tengo una gran contrariedad que una vez casada ya no podré *flirtar. . . .*”

Esta palabra chancera es un comentario inocente de un hecho muy real y que ya he procurado explicar: la soberanía social de la señorita en Estados Unidos. Aunque mil señales diferentes no se la hubieran indicado, el viajero encontraría el testimonio de esta soberanía en el lugar que le conceden las caricaturas. Esta joven aparece en los periódicos, tan amenudo como la *loreta* en los álbums de Gavarni, como la *demi-mondaine* en los de Gravin, como la corretona de la Opera ó de las calles en los de Forain. Así como estos grandes maestros sintieron la gracia de las parisienses en tres distintintas épocas, dibujante americano siente con incomparable delicadeza la belleza de la joven de su país. Miradle cuando sonrío, cuando sueña, cuando platica, cuando monta á caballo, cuando vive en fin con su delgado talle, con sus anchos hombros, con sus atrevidas elegancias, con sus blancos dientes y con sus ojos muy abiertos sobre el mundo,—muy despiertos, pues que ven con mucha precisión. Oiganse los discursos que el artista pone en boca de estas admirables señoritas y se verá que edifica su sensibilidad. Mirad á una que se ha sentado sobre una mecedora, cerca de un joven tan hermoso como ella. Llena de turbación, cruza sus manos y responde á una pregunta que se adivina.

—“Sí, Tom, pero usted es pobre y yo no tengo dinero; mi figura es toda mi fortuna.”

Otra se pasea en el campo en compañía de un su enamorado que le dice con amargura:

—“Si yo fuese rico se casaría usted conmigo inmediatamente.”

—“Ah! Jorge, Jorge!” dijo ella “el cariño que usted me tiene me desgarra el corazón?”

—“¿Qué es lo que usted quiere decir con eso,? respondió él.

—“Que usted me ha elogiado con mucha frecuencia, pero que hasta hoy conozco que usted me concede mucho juicio.”

Y es, porque bien saben estas jóvenes, positivas entre los hombres más positivos, que el matrimonio es una asociación en la que su partner, su pareja, les pide también que lleven dinero, mucho dinero. Dos de ellas están platicando sin duda sobre el desembarcadero de *Newport*, pues están cubiertas, una con la cachucha del yachting y la otra con la del canoero con listón de color. Algunas velas pasan sobre el mar.

—“He oído decir que ha vendido su *yacht* el padre de usted” dice una de ellas.

—“Sí,” dice su amiga, “en el estado actual de los negocios es una carga algo pesada.

—“Entonces, responde la indiscreta, la noticia de que se casa usted, es sin duda, mentira.”

Por lo demás, los jóvenes compañeros y cómplices del *flirt* de estas jóvenes hermosas no les ocultan los deseos de interés que les animan.

—“¿Me habría usted amado si hubiera sido pobre?” pregunta una de ellas á un hermoso muchacho de veinte y dos á veinte y tres años; quien le respondió oprimiéndola contra su corazón:

—“¡Ah! Darling, entonces no la hubiera conocido á usted.”

Y es fuerza no indignarse al ver al dinero mezclado sin cesar, en los asuntos del corazón. Se mezcla tan poco en ellos este corazón! El caricaturista pone mucho cuidado de advertirlo. Los compromisos que se anudan y se desatan con tanta facilidad, no interesan el alma de esos dos elegantes muñecos *fashionables*, cuales son el joven y la joven de sociedad.

—“Oh! querido mío, murmura una Perdita clavando sus hermosos ojos, medios velados por sus largos párpados, sobre la boca de un elegante caballero,—dígame usted la verdadera extensión del sentimiento que me profesa.”

—“Usted es mi novia favorita—respondió seriamente—la única á quien amo.”

Hay muchas probabilidades para que ella vea una conmovedora lisonja en ese extraño madrigal, pues no dá á la palabra novio una significación muy trágica, si juzgamos por este otro diálogo entre dos jóvenes que se hacen conferencias:

—“Me habían dicho que estabas enamorada de él”—dice una de ellas.

—“No,—respondió la otra con viveza—no era el asunto tan serio como todo eso; era yo nada más su novia.”

Ella ó él han sabido sin duda que los *stocks* poseídos por el padre de uno ó de otro, habían sufrido una baja de consideración y á causa de esto, todo se ha roto. Si hubiesen obrado de otra manera toda la sociedad los hubiera tenido por muy necios.

—“Sabes que M. y Mme. Brown Smith deben divertirse enormemente? dijo la misma Perdita á su amiga *Penélope*.

—“Y por qué?”